

La indiferencia de Eva

Eva no era una mujer guapa. Nunca me llegó a gustar, pero en aquel primer momento, mientras atravesaba el umbral de la puerta de mi despacho y se dirigía hacia mí, me horrorizó. Cabello corto y mal cortado, rostro exageradamente pálido, inexpressivo, figura nada esbelta y, lo peor de todo para un hombre para quien las formas lo son todo: pésimo gusto en la ropa. Por si fuera poco, no fue capaz de percibir mi desaprobación. No hizo nada por ganarme. Se sentó al otro lado de la mesa sin dirigirme siquiera una leve sonrisa, sacó unas gafas del bolsillo de su chaqueta y me miró a través de los cristales con una expresión de miopía mucho mayor que antes de ponérselas.

Dos días antes, me había hablado por teléfono. En tono firme y a una respetable velocidad me había puesto al tanto de sus intenciones: pretendía llevarme a la radio, donde dirigía un programa cultural de, al parecer, gran audiencia. Me aturden las personas muy activas y, si son mujeres, me irritan. Si son atractivas, me gustan.

— ¿Bien?¹ — pregunté yo, más agresivo que impaciente.

Eva no se alteró. Suspiró profundamente, como invadida de un profundo desánimo. Dejó lentamente sobre la mesa un cuaderno de notas y me dirigió otra mirada con gran esfuerzo. Tal vez sus gafas no estaban graduadas adecuadamente y no me veía bien. Al fin, habló, pero su voz, tan terminante en el teléfono, se abrió ahora paso tan arduamente como su mirada, rodeada de puntos suspensivos.² No parecía saber con certeza por qué se encontraba allí ni lo que iba a preguntarme.

— Si a usted le parece — dijo al fin, después de una incoherente introducción que nos desorientó a los dos —, puede usted empezar a explicarme cómo surgió la idea de . . . — no pudo terminar la frase.

Eva's Indifference

Eva wasn't a good-looking woman. I didn't ever find her attractive but, at that first moment, as she crossed the threshold into my office and came over towards me, she filled me with horror. With her short, badly cut hair, her blank excessively pale face, her none too slim figure and, what's worse for a man for whom outward appearances are everything, her dreadful taste in clothes. As if this wasn't enough, she was incapable of detecting my disapproval. She did nothing to win me over. She sat down on the other side of my desk without giving me even the faintest of smiles, took some glasses out of her jacket pocket, and looked at me through the lenses in a far more short-sighted way than she had done before putting them on.

Two days before, she had spoken to me on the phone. In a resolute tone and at a brisk pace she had put me in the picture about what she wanted to do. Her intention was to get me on to the radio, where she presented a cultural programme that, by all accounts, had a lot of listeners. Very active people bewilder me and, if they happen to be women, they get on my nerves. If they are good-looking women, I'm attracted to them.

'Well then?' I asked, more aggressive than impatient.

Eva was not at all put out. She sighed heavily, as if overwhelmed by a deep feeling of dejection. She slowly placed her notebook upon my desk and peered at me intently again. Perhaps her glasses weren't strong enough and she couldn't see me properly. She eventually spoke but her voice, which had been so authoritative on the phone, now ventured out as tentatively as her gaze, filled with uncertainty. She didn't seem to know for sure why she was there, nor what questions she was going to ask me.

'If you agree,' she finally said, after an incoherent opening that confused both of us, 'you can start by explaining to me how you got the idea for . . .' She couldn't finish the sentence.

Me miró para que yo lo hiciera, sin ningún matiz de súplica en sus ojos. Esperaba, sencillamente, que yo le resolviera la papeleta.³

Me sentía tan ajeno y desinteresado como ella, pero hablé. Ella, que miraba de vez en cuando su cuaderno abierto, no tomó ninguna nota. Para terminar con aquella situación, propuse que realizáramos juntos un recorrido por la exposición, idea que, según me pareció apreciar, acogió con cierto alivio. Los visitantes de aquella⁴ mañana eran, en su mayor parte, extranjeros, hecho que comenté a Eva. Ella ni siquiera se tomó la molestia de asentir. Casi me pareció que mi observación le había incomodado. Lo miraba todo sin verlo. Posaba levemente su mirada sobre las vitrinas, los mapas colgados en la pared, algunos cuadros ilustrativos que yo había conseguido de importantes museos y alguna colección particular.

Por primera vez desde la inauguración, la exposición me gustó. Me sentí orgulloso de mi labor y la consideré útil. Mi voz fue adquiriendo un tono de entusiasmo creciente. Y conforme su indiferencia se consolidaba, más crecía mi entusiasmo. Se había establecido una lucha. Me sentía superior a ella y deseaba abrirla con profusas explicaciones. Estaba decidido a que perdiese su precioso tiempo. El tiempo es siempre precioso para los periodistas. En realidad, así fue. La mañana había concluido y la hora prevista para la entrevista se había pasado. Lo advertí, satisfecho, pero Eva no se inmutó. Nunca se había inmutado. Con sus gafas de miope, a través de las cuales no debía de haberse filtrado ni una mínima parte de la información allí expuesta, me dijo, condescendiente y remota:

— Hoy ya no podremos realizar la entrevista. Será mejor que la dejemos para mañana. ¿Podría usted venir a la radio a la una?

En su tono de voz no se traslucía ningún rencor. Si acaso había algún desánimo, era el mismo con el que se había presentado, casi dos horas antes, en mi despacho. Su bloc de notas, abierto en sus manos, seguía en blanco. Las únicas y escasas preguntas que me había formulado no tenían respuesta. Preguntas que son al mismo

She looked to me to finish it for her, without the slightest trace of pleading in her eyes. She was, quite simply, expecting me to solve her problem for her.

I felt as alienated and detached as she did, but I spoke. Glancing at her open notebook from time to time, she didn't jot down a single thing. In order to put an end to this situation, I suggested that we should go around the exhibition together, an idea that, as far as I could tell, she greeted with a certain amount of relief. This morning's visitors were mainly foreigners, something upon which I commented to Eva. She didn't even take the trouble to acknowledge this. I almost felt that my remark had made her feel uncomfortable. She looked at everything without seeing anything. She glanced superficially over the display cabinets, the maps hanging on the wall and some illustrative paintings that I had obtained from major museums and the odd private collection.

For the first time since its opening, I was pleased with the exhibition. I felt proud of my work and I considered it useful. My voice was becoming increasingly enthusiastic. The more tangible her indifference became, the greater my enthusiasm grew. A struggle was being waged. I felt superior to her and wanted to overwhelm her with very full explanations. I was determined that she should waste her valuable time. Time is always valuable for journalists. This was indeed what I managed to do. The morning had ended and the hour set aside for the interview had elapsed. I pointed this out to Eva with some satisfaction, but she was totally unconcerned. She had never shown any concern. Peering through her glasses, through which there couldn't have filtered even the tiniest part of the information on display there, she said to me, condescendingly and remotely:

'We shan't be able to do the interview today. It'll be better if we leave it for tomorrow. Could you come to the studio at one o'clock?'

There was no sign of ill feeling in her voice. If there was perhaps a little dejection it was the same feeling she had shown on her arrival in my office, almost two hours before. Her notebook, open in her hands, still had nothing written in it. The few, occasional questions that she had put to me had no reply. The sort of questions

tiempo una respuesta, que no esperan del interlocutor más que un desganado asentimiento.

Y, por supuesto, ni una palabra sobre mi faceta de novelista. Acaso ella, una periodista tan eficiente, lo ignoraba. Tal vez, incluso, pensaba que se trataba de una coincidencia. Mi nombre no es muy original y bien pudiera suceder que a ella no se le hubiese ocurrido relacionar mi persona con la del escritor que había publicado dos novelas de relativo éxito.

Cuando Eva desapareció, experimenté cierto alivio. En seguida fui víctima de un ataque de mal humor. Me había propuesto que ella perdiese su tiempo, pero era yo quien lo había perdido. Todavía conservaba parte del orgullo que me había invadido al contemplar de nuevo mi labor, pero ya lo sentía como un orgullo estéril, sin trascendencia. La exposición se desmontaría y mi pequeña gloria se esfumaría. Consideré la posibilidad de no acudir a la radio al día siguiente, pero, desgraciadamente, me cuesta evadir un compromiso.⁵

Incluso llegué con puntualidad. Recorrí los pasillos laberínticos del edificio, pregunté varias veces por Eva y, al fin, di con ella. Por primera vez, sonrió. Su sonrisa no se dirigía a mí, sino a sí misma. No estaba contenta de verme, sino de verme allí. Se levantó de un salto, me tendió una mano que yo no recordaba haber estrechado nunca y me presentó a dos compañeros que me acogieron con la mayor cordialidad, como si Eva les hubiera hablado mucho de mí. Uno de ellos, cuando Eva se dispuso a llevarme a la sala de grabación, me golpeó la espalda y pronunció una frase de ánimo. Yo no me había quejado, pero todo iba a salir bien. Tal vez había en mi rostro señales de estupefacción y desconcierto. Seguí a Eva por un estrecho pasillo en el que nos cruzamos con gentes apresuradas y simpáticas, a las que Eva dedicó frases ingeniosas, y nos introdujimos al fin en la cabina. En la habitación de al lado, que veíamos a través de un panel de cristal, cuatro técnicos, con los auriculares ajustados a la cabeza, estaban concentrados en su tarea. Al fin, todos nos miraron y uno de ellos habló a Eva. Había que probar la voz. Eva, ignorándome, hizo las pruebas y, también ignorándome,⁶ hizo que yo las hiciera. Desde el otro lado del panel, los técnicos